

característicos de las ficciones finiseculares, en especial de las diversas modulaciones de la figura femenina.

Aunque el tono del trabajo es más bien —y justamente— reivindicativo, resulta al mismo tiempo objetivo en su descripción e interpretación de la obra de Nájera, y creo que pocos lectores podrán estar en desacuerdo con las propuestas y conclusiones planteadas por el autor. Sin retener a Nájera en el romanticismo decimonónico, pero sin olvidar tampoco ese romanticismo al exponer su modernidad, el duque Job que aquí se presenta es una figura redonda y completa. Es por un lado el hombre cívico de su tiempo y por otro el idealista que quiere alcanzar su *summum* estético; es también el asalariado que trabaja en las galeras del periodismo pero igualmente el escritor que participa de la vida y las polémicas literarias del momento, y es también el inquieto autor que busca su voz personal y la voz de su época, a la vez que trata de adelantarse a ésta modificando su instrumento habitual de trabajo.

El origen de la monografía —la tesis doctoral de su autor— puede explicar su tono enciclopédico, que sin duda hubiera convenido aligerar un poco. Son especialmente abundantes las citas y referencias bibliográficas que, aunque útiles y siempre bien asimiladas, no dejan de parecer excesivas. También se podía haber aplicado un mayor esfuerzo de síntesis al estilo empleado en la redacción y en algunas de las digresiones explicativas. Quizá hubieran convenido igualmente algunos apuntes acerca de la recepción de los cuentos najerianos entre el público femenino, el cual, como se afirma en un par de ocasiones, fue especialmente numeroso; así es probable que también se hubiera arrojado un poco más de luz sobre el cargado emocionalismo de esas narraciones. Y quizá también hubiera merecido la pena la revisión de algunos detalles puntuales mínimos y que casi resulta mezquino mencionar aquí. Uno de ellos sería el repetido tópico del cristianismo triste, cuando en el segundo

capítulo parecen identificarse alegría, ironía y subversión: una ojeada al índice de la *Summa* de Tomás de Aquino muestra precisamente que la alegría es una de las virtudes más características de la ascética cristiana.

En definitiva, pues, un estudio imprescindible para entender las interacciones entre el periodismo y la literatura finiseculares y un estudio imprescindible también para leer a Nájera y comprender por qué y cómo sus cuentos, a pesar de su intenso color local, anuncian y a menudo se adelantan a los más cosmopolitas del *Azul...* de Darío, y por qué y cómo Nájera, sin desprenderse de sus rezagos románticos, es también de los primeros en escribir en el ritmo nervioso, rápido y fragmentado de la modernidad.

José María Martínez

University of Texas-Pan American

Miguel Herráez. *Julio Cortázar: el otro lado de las cosas*. Valencia: Instituto Alfonso el Magnánimo, 2001; 298 pp.

De acuerdo con una nota de la solapa, ésta es “la primera biografía completa de [Cortázar —las cursivas son mías] que se publica en España”, con lo que medio se descalifica la de Mario Goloboff, publicada por Seix Barral (Buenos Aires, 1998); y la verdad es que Miguel Herráez aclara algunos puntos que Goloboff no atendió debidamente, como la relación de Cortázar y Aurora Bernárdez.

Según Mario Goloboff, esa relación “había sido intensa desde el primer momento en que se conocieron y encontraron fuertes afinidades, sobre todo intelectuales” y “Cuajó, fundamentalmente durante los últimos meses que Julio estuvo en Buenos Aires” (98), pero Herráez escribe que Cortázar conoció a Aurora en 1948, y que no sólo fue su esposa, sino “un alma gemela”, y cita un texto de Vargas Llosa en que éste asegura que conoció en París a la pareja

y que “se pasaban los temas el uno al otro como dos consumados malabaristas y con ellos uno no se aburría nunca. La perfecta complicidad, la secreta inteligencia que parecía unirlas... su simpatía, su compromiso con la literatura —que daba la impresión de ser excluyente y total— y su generosidad para con todo el mundo” (99).

Aunque Goloboff menciona que Aurora Bernárdez tradujo a Calvino y otros escritores, la cita de Vargas Llosa es la que realmente permite comprender cómo funcionaba la pareja. Obviamente, Goloboff no leyó ese texto que Vargas Llosa escribió como introducción a una edición española de los cuentos del cronopio, publicada después de su biografía, y tampoco pudo leer las *Cartas* publicadas por Aurora Bernárdez. Y esto explica que incurriera en algunas inexactitudes, que la nueva biografía nos revela sin proponérselo. Por ejemplo, Cortázar no cobró a principios de los sesenta quince mil dólares por traducir los cuentos completos de Edgar Allan Poe, ni se compró con ese dinero el granero de la Place du Général Beuret, donde aún vive Aurora Bernárdez, pues según Herráez sólo le pagaron tres mil dólares, y no por la traducción de los cuentos, sino de toda la obra narrativa y ensayística del escritor americano.

Cortázar había conocido en Buenos Aires a un exilado español, Francisco Ayala, y éste le encargaría la traducción, varios años después, a nombre de la Universidad de Puerto Rico. Cortázar comenzó a traducir en septiembre de 1953 y no cobró sino en septiembre de 1954, pero la pareja dejó la piecita de la calle Gentilly donde vivía, vendió la Vespa —en que Cortázar se accidentó— y se fue a Roma en septiembre del 53, y no en abril como asegura Goloboff. No volvieron a París, sino en agosto del siguiente año —y no en agosto del 53 como asienta Goloboff— para instalarse en un dos piezas de la calle Mazarine. Además, Aurora Bernárdez y Cortázar se casaron en París el 22 de agosto del 53, antes del viaje a Italia y no después.

En general, Miguel Herráez registra con mayor precisión los movimientos y los cambios de domicilio de la pareja, que luego se mudó al 91 de la calle Broca y al 24 de la calle Pierre Leroux (114) antes de instalarse en el pavillon de la Place du Général Beuret, pero no aclara cómo encontraron el granero, ni amplía lo que sobre la remodelación había contado ya Goloboff, es decir, que “una vez arreglado y acomodado por la arquitecta argentina Angelina Camicia, se convirtió en un departamento de tres niveles, en uno de los cuales, con vista al jardín interior, instaló Julio su cuarto de trabajo” (123). En cambio, sí cuenta que posteriormente “compraron una pequeña casa con dos mil metros de tierra situada en la región de la Vaucluse, en el pueblito de Saignon, apenas con doscientas almas registradas y a unos 80 kilómetros de Marsella” (183).

Tal vez Herráez obtuvo mucha información de las *Cartas* publicadas por Aurora Bernárdez, pero al parecer ella colaboró más decididamente con él y le permitió tomar fotos del granero. Además, ella aparece retratada con Herráez en una foto que orienta la lectura, porque si ésta no es una biografía oficial, por lo menos sí me parece una biografía autorizada.

Por ejemplo, Cristina Peri Rossi sospecha que Cortázar se infectó del virus del VIH en el hospital de Aix-en-Provence, donde le hicieron varias transfusiones de sangre, y un eco de esto se oye también en la biografía escrita por Goloboff; pero Herráez aclara que la causa de la muerte, avalada por los médicos que atendieron al escritor, fue “leucemia mieloides crónica” (262). Antes, menciona que Carol Dunlop murió a causa de “una rara afección que parecía proveniente de un problema óseo” y que al final quedó registrada como “aplasia medular”, con lo que deja espacio para todo tipo de conjeturas.

Por supuesto, Herráez no menciona para nada “los más diversos rumores” registrados por Goloboff “sobre supuestas operaciones quirúrgicas, tratamientos andrológicos y curas similares, que se habrían lle-

vado a cabo en la Unión Soviética, en Suiza, en Inglaterra”; ni “el tratamiento hormonal que le permitió al final de sus años pasar del lampiño que había sido siempre al barbudo de los últimos tiempos” (169), ni los rumores que persiguieron a Cortázar desde que trabajaba en Chivilcoy sobre “una enfermedad que le impedía madurar físicamente, una deficiencia genética que lo hacía crecer sin límites”, según anota Emilio Fernández Cicco en *El secreto de Cortázar* (Buenos Aires: Belgrano, 1999).

En suma, me parece que, a pesar de todo, Goloboff se acerca más a la biografía moderna que se caracteriza, según André Maurois, por la búsqueda apasionada de la verdad. Además, me parece que Herráez olvida a veces que para un biógrafo el centro está ocupado por la persona cuya vida quiere contarnos y que “los acontecimientos deben girar a su alrededor”, pues en algún momento se pone a darnos clases de historia contemporánea y se olvida de Cortázar.

Juan José Barrientos

Universidad Veracruzana, Jalapa

Antonio Cornejo Polar. *O condor voa: literatura e cultura latino-americanas*. Belo Horizonte: Ed. UFMG, 2000. 325p.

Através de uma bem cuidada edição da Universidade Federal de Minas Gerais, chega, pela primeira vez, ao público brasileiro especializado parte da obra deste estudioso peruano que, no acertado dizer de Mario J. Valdés, organizador do volume, “é um dos quatro ou cinco pensadores chave para o desenvolvimento de uma nova conceituação da história literária da América Latina”. Dispensando qualquer apresentação no mundo dos estudos literários hispano-americanos, o nome de Antonio Cornejo Polar é, todavia, praticamente desconhecido entre a maioria daqueles que no Brasil se dedicam aos assuntos da literatura nacional.

Fato infelizmente revelador da enorme distância que de ordinário se estabelece entre a prática do estudioso brasileiro e a produção intelectual –teórica e crítica– que de há muito marca com matizes próprios a trajetória dos estudos literários latino-americanos. Assim, é coisa surpreendente a extraordinária capacidade de boa parte da intelectualidade brasileira para desconhecer sua pertença latino-americana, sua condição de indivíduos também inseridos nas entranhas do terceiro mundo, a despeito mesmo do lugar avantajado que, de fato, o país ocupa no concerto da economia mundial. De modo que no contexto da produção acadêmica nacional chama a atenção a maneira como esse homem de conhecimento sabe manter-se atento às últimas elaborações conceituais vindas dos principais centros metropolitanos, europeus ou norte-americanos, a rapidez com a qual a bem plantada estrutura editorial do país se apressa a nos ofertar, em traduções geralmente competentes, o mais inédito dessa produção e, na via contrária, a posição de indiferença que os dois setores costumam manter em se tratando dos conteúdos formalizados pelo pensamento teórico e crítico hispano-americano. O que constitui, diga-se de passagem, um instigante caso de observação, produto, sem dúvida, de certos imponderáveis históricos específicos desse contexto.

De modo que, a pesar de certos louváveis esforços, do passado e do presente, dedicados a estreitar uma parceria intelectual entre os de cá e os de lá, terá de se admitir que a empreitada ainda trafega por trilhas tortuosas que retardam algo que, por circunstâncias culturais concretas, deveria já constituir uma tradição intelectual: a do pensamento crítico latino-americano.

Inserida, pois, neste panorama, a iniciativa editorial da UFMG ao publicar *O condor voa* é um passo à frente no desenho daquilo que, quem sabe, possa vir a se concretizar como intercâmbio mais ativo e frutífero entre discursos entretidos basicamente no esclarecimento dos mesmos